



NOTAS LITERARIAS.

El Sr. Campoamor en un artículo tan ingenioso y peregrino como todos los suyos, ha saltado recientemente á la palestra en defensa de la hermosa dama de sus pensamientos, de la amable poesía, puesta por algunos profanos á esa dueña rancia y quintañona que se llama la prosa. El poeta de las «Doloras» no transige con los prosistas, ni traga á los científicos, ni da cuartel á los filósofos; para él sólo merecen estimación y aplauso y fama, los metafísicos y los poetas, es decir, los poetas.

¡ Con qué paradojas tan lindas y con qué absurdos tan bellos nos regala el Sr. Campoamor en su artículo! ¡ Qué bien sienta al poeta el tono enfullinado en que dice, sin ir más lejos, y como para abrir boca lo siguiente:

« En el prospecto del nuevo periódico «El Ateneo,» publicado bajo la inspección de los presidentes de las secciones de *ciencias* morales y políticas, de *ciencias* físicas y naturales y ciencias históricas, se dice que se insertará toda producción referente á cualquier ramo de la ciencia, *sin desdeñar la poesía.* »

Francamente, empezar á publicar un periódico científico-literario, lanzando este desprecio contra la más divina de las bellas letras, me parece un gusto muy discutible y propio solamente de prosadores empedernidos que sólo por la bibliografía han podido llegar á saber que ha existido Horacio.

En el prospecto de «El Ateneo,» donde se promete admitir poe-

sía de limosna, están en prosa por derecho propio, todas esas ciencias que hemos mencionado, y que son ciencias en el nombre porque así las ha bautizado en alguna Real Orden, cualquier ministro que creyó que podía decretar la victoria, como Felipe II cuando escribía: «Marqués, tomad á Breda.»

Llamar ciencia á cualquier tanteo científico, prueba que la prosa es un gran medio para hablar sin saber lo que se dice.

¿Quién les ha dicho á los señores que se dignan *no desdeñar la poesía*, que hay más ciencia que la metafísica? ¿Dónde están los principios absolutos que hacen una ciencia de la política ni de la historia?»

Cuando el Sr. Campoamor echa esos cohetes, prende esos petardos y lanza al aire esos graciosos globitos de goma, llenos de aire, hay que celebrar su ingenio, abundante en recursos, rico, muy rico, millonario! Hay que cederle la acera con todo respeto, aclamarle como se aclama al jugador de manos que acaba de maravillarnos con su destreza; y seguir luego el consejo de Clarín: no hacerle caso. Porque el Sr. Campoamor, encaprichado en no ser viejo nunca, tiene á la ciencia y á la prosa esa mala voluntad que le tienen al *dómine* los chicos; y al hablar de ellas tal parece que les está disparando arvejas ó bolitas hechas con miga, como pillín malcriado, desde el pupitré de la escuela. Cada frase es un gracioso *piéd de nez*. ¡Qué muchachadas tan irrespetuosas y á la vez tan bonitas son estas de Campoamor! ¿Conque no hay más ciencia que la metafísica? ¿Conque la historia y la economía política etc... .. etc..... son *tanteos*? ¡Qué gracia y qué travesura tiene todo esto!

La frase que causó la mohina de Campoamor es simplemente sán-dia. Los pelucones del Ateneo *no desdeñarán la poesía*..... ¡Pues ya lo creo! ¡Cómo habían esos viejos verdes de mirar con desdén á muchacha tan guapa y tan frescota! Divina es la poesía, como asevera Campoamor, y si álguien, por darse ínfulas de hombre sesudo y grave, le hace dengues, provoca á risa como el hipócrita Tartuff cuando por simulada repugnancia se cubre los ojos para no mirar el rozagante seno de la fámula.

Pero la ciencia no es tan arisca y lagañosa como el poeta la pinta, ni tampoco ha merecido la prosa el aguacero de improperios que Campoamor le echa encima, precisamente cuando el muy ingrato se está sirviendo de ella para desahogar la cólera y rendir culto amoroso á la Dulcinea de sus ensueños. Que para el Dante fuera Beatriz

la más hermosa de todas las mujeres, puesto en razón está; pero si el Dante, por halagar á su adorada, hubiese dicho que las demás hembras eran todas feas de encargo, habría caído en la injusticia más imperdonable.

Campoamor no se tienta el corazón para aporrear á la prosa. La llama *jerga animal del ser humano*. «La prosa—dice,—no es arte, como no lo son el gorjeo ni el balido. ¿Qué mérito artístico puede haber en coger un sustantivo al acaso, echar sobre él un epíteto vulgar, dando algún movimiento á esta oración inicial con un verbo cualquiera? ¿Qué diferencia hay entre esta articulación informe y la jerigonza gutural de algún animal casero? ¿Se puede llamar arte el aprender á usar trescientas palabras, vocabulario más extenso de muchos seres racionales, cuando aprendan treinta por lo menos, los tordos, las urracas y los loros?»

¡Por Dios, señor Campoamor, se puede cantar sin romper los vidrios! ¡Y quién dice tales abominaciones de la prosa! Precisamente el poeta español que más prosa ha mezclado á la poesía! Porque el Sr. Campoamor—y aquí me agazapo y escondo para que no me pegue,—es como el M. Jourdan de Molière, que siempre había hablado en prosa sin saberlo. Su poesía no calza el coturno como la de Núñez de Arce; no es rígida ni escultural, ni impecable; no vuela en alas de la oda; no está vaciada en la turquesa neo-helénica de Chénier y Menéndez Pelayo; no es música ó melodía como la de Zorrilla, ni culta y acicalada como la de Valera: es poesía despreocupada, suelta de ropas y cabello; poesía que anda á pie, toma un coche y viaja en ferrocarril, poesía que recoge del torno muchos vocablos expósitos, de esos que no nacieron en cuna de oro y de marfíl, pero que no por ser pobres, son menos expresivos y valiosos; poesía, en suma, que se codea con la prosa, y le toma muchas locuciones, muchos giros, hasta en el modo de andar, hasta los gestos. De esa poesía hay mucha en Francia, mucha en Alemania, mucha en Inglaterra; pero poquísima en España; y uno de los más relevantes méritos de Campoamor, en mi concepto, consiste en haberle dado carta de ciudadanía y aceptándola como castiza. La mejor prueba de que en las poesías de Campoamor hay mucha prosa, es que muchas frases, muchas imágenes, muchas oraciones casi, de los *Pequeños Poemas del Drama Universal*, etc., etc., estuvieron antes en prosa (hasta que el Sr. Campoamor las desamortizó) en los escritos de Michelet, de Victor Hugo y de otros varios. No hago por esto un capítulo de car-

gos al poeta. ¡Dios me libre de caer en tamaña vulgaridad! Ya de la acusación de plagiario defendió á Campoamor contra Campillo, con muchos sofismas, mucha sutileza, mucho talento, y á pesar de todo, con muchísima justicia, el sutil, sofista é inteligentísimo D. Juan Valera.

Probado está que Campoamor no roba frases: no es padre de algunas, pero á éstas las ennoblece, les da los tres espaldarazos y les concede el honor de usar un título expedido por él. No de otro modo hacían, Napoleón el Grande mariscales, y Morelos caudillos. Sobre todo, el Sr. Campoamor no despoja, no explota á los pobres: cuando está perezoso, ó de mal humor, desbalija á los ricos. mejor dicho, les quita sin consultar su voluntad, exígua suma de estilo, á la que él, como socio industrial, fecunda y vuelve productiva. ¡A Campoamor sí que le roban descaradamente todos los sacapañuelos de la literatura hispano-americana! Por fortuna él tiene, con su caudal propio, y no con el ajeno, para dar y prestar eternamente.

Esto no quita, sin embargo, que tenga en sus poesías muchos versos que estuvieron antes íntegros en prosa. ¿Por qué maldecir, pues, á tan amable colaboradora?

Bien sabe el autor del «Licenciado Torralba»—¡hasta el vocablo *licenciado* es muy prosaico!— que hay poesía en prosa; que la poesía no ha menester del consonante ni del verso medido. ¡vamos! ¡si él se permite hacer á cada paso versos que no son versos, pero sí poesía! Los *Miserables* de Hugo están en prosa ¡y cuántos versos ha encontrado en ellos Campoamor! Porque son perleros, porque son minas, porque son criaderos de oro, porque Víctor Hugo, al escribir un libro en prosa, hacía una Golconda ó una California para que los poetas la explotaran. El verso de Campoamor, maldiciendo de la prosa, es como el hijo que niega á la madre.

Tiene razón Clarín: á Campoamor, «excelente prosista en prosa y en verso» cuando habla mal de la prosa «no hay que hacerle caso.» Cómo he de tomarlo en serio cuando dice en el artículo á que aludo, que «Tácito, comparado con el Dante, es un hablista de bodegón.» ¿Cómo he de creer, ó francamente hablando, cómo he de entender lo que allí mismo dice: «Los hechos no son más que los flecos de la tela de las ideas?» Pero que hable Campoamor y que maldiga de lo que le plazca: ¡siempre hablará bien!

A fuerza de oírse llamar plagiario, por los necios, él, acaso y sin acaso el poeta más original de España! se esfuerza en ser origi-

nalísimo. en otra acepción de la palabra. Y una de sus originalidades consiste en que está descontento de sí mismo y en que quiere ser otro. Dice que es católico, y dado caso de que sea católico este epicúreo, será un católico muy pecador, una Magdalena — en hombre por supuesto, — todavía no muy cerca de la penitencia; dice que es filósofo, y eso sí que no lo es; dice que aborrece la prosa, y hasta al escribir en verso, escribe en prosa poética. ¡Qué más! En el artículo de que hablo asienta esta blasfemia, este sacrilegio: «Yo nunca he presumido de poeta: sólo me precio de ser agricultor.»

¡Esta sí es novedad, para los hispano-americanos, cuando menos! ¿Agricultor Campoamor.? Pues que escriba otras *Geórgicas*. Y es muy capaz de hacerlas como *aquellas*, porque este católico, este filósofo, este antiprosista, este anticientífico, sólo es un eminentísimo poeta: *Onorate l' altissimo poeta!*





DOS ESTATUAS

I

El cantor de los muertos y una muy joven víctima de la muerte, Ignacio Ramírez y Leandro Valle, tienen ya sus estatuas en el paseo de la Reforma. A Leandro Valle no le conocí. Vine al mundo cuando ya él se iba, casi á la edad que ahora tengo, pero ya célebre, ya ilustre, dejándonos como advertencia y enseñanza el ejemplo de una vida útil y de una muerte hermosa. Sus veintiocho años avergüenzan á mis veintinueve.

En la iliada de la Reforma—¿qué homéridas acometerán la empresa de cantarla?— tiene Valle el aspecto de esos jóvenes guerreros, atrevidos, simpáticos, resueltos y amados de las mujeres. Es una figura arrogante de bajorelieve. Bien está en bronce Ignacio Ramírez, porque el bronce es triste, austero. Para Leandro Valle hubiera preferido el mármol, porque el mármol es juvenil, brillante, hermoso.

Joven sucumbe el que los dioses aman, decía Menandro. Y así ha de ser porque todo amor nos da la muerte! Leandro Valle fué amado de los dioses.

Una senda perdida en la montaña
Bebió su sangre generosa y fuerte!⁽¹⁾

No ha mucho atravesaba yo por ese Monte de las Cruces en donde Valle pereció. Iba alegre, como se está cuando la vida nos da un beso de pasada y nos promete muchos otros. Corría el agua con su

(1) Justo Sierra—Poesía en memoria de Francisco Castañeda y Nájera.

bata de espuma, juguetona y traviesa, á manera de joven recién casada que, todavía con la cofia de encaje, al levantarse corre por el jardín risueña y ágil, fingiendo huir de su marido, mas procurando que el vestido se le prenda y enrede en los rosales para ser alcanzada . . . sin quererlo! Y como el agua que reía y cantaba, bullían frescas corrientes de ilusiones en mi espíritu.

Acaso tan ufano como yo entró Valle á aquel monte. «El amor le circuía—dice uno de sus biógrafos,—las balas parecían respetarlo, los jóvenes se lo apropiaban, los viejos parecían complacerse en una juventud tan hermosa. Pronto en la acción, elocuente en la palabra, jovial en la vida privada, nunca el rencor empañó su espíritu. El amor á sus padres y á sus hermanos era la vida de su corazón . . . , hermosa vida que formó remanso en un bosque de laureles! Cuando el rayo de un amor virginal venía á desatar con su casto halago nuevos tesoros de ilusiones y esperanzas, lo llamó la voz del deber, y del centro de un festín partió para el patíbulo.»

¡Con razón prorrumpe el General Riva Palacio en estas enérgicas palabras:

«Cuando considero, señores, el cadáver de Leandro pendiente de un árbol como el de un facineroso, despojado de sus vestidos y expuesto á la burla de una soldadesca desenfrenada; cuando recuerdo ese cadáver cubierto de sangre, el cerebro hueco, la boca sangrienta y los ojos entreabiertos, pero sin brillo ni luz, con los brazos en la horrible posición en que fué suspendido, entonces la sangre se agolpa en mi corazón, mis nervios se estremecen, se me eriza el cabello, se me embarga la voz, y siento que de mi pecho se escapa un rugido de venganza y maldición . . . !»

La figura de Márquez apareciendo siniestra en actitud de acecho tras los cuerpos juveniles de Valle y Díaz Covarrubias, recuerda al torvo infante Glóster, entrando á la alcoba en que dormían abrazados los hijos de Eduardo.

Compadezcamos también al asesino. Acaso ya ha sonado en sus oídos la voz que oyó Macbeth:

«¡Macbeth, no duermas, que mataste al sueño!»

II

El grave aspecto de Ignacio Ramírez contrasta con el juvenil de Leandro Valle. A él sí lo conocí en los últimos años de su vida. Lo

conocí . . . esto es, lo ví, le hablé, porque de haberlo conocido no me jacto. Siempre pensé que cuando hablaba, no en el libro, no en la tribuna, no en la cátedra, acaso tampoco en el seno de la amistad íntima y antigua, pero sí en el corrillo, en el salón, en la calle, Ignacio Ramírez se escondía dentro de Ignacio Ramírez, por un sentimiento de repulsión al vulgo, al aire ambiente. Parecíame que hablaba detrás del embozo, ó mejor dicho, como los primitivos actores, tras la máscara de bronce. En su biblioteca, con sus iguales, con sus pares, con los grandes filósofos, con los grandes poetas, debía hablar de otro modo.

Y ese erizo era bueno. Sus púas, sus epigramas, eran únicamente de la costra. ¿No habéis visto algunos templos cuyas rejas tienen lanzas salientes, en posición horizontal, como abrazadas por invisibles palatinos para impedir que los profanos entren al Santuario? Ya sabemos que no hieren sino al que loco ó ebrio da contra ellas; que podemos pasar á un milímetro de esas puntas agudas, sin temor ni riesgo; y que adentro, una vez franqueada la cancela, abierta siempre, se ensancha el ánimo en la quietud augusta de las naves, escuchando las armonías del órgano solemne y viendo el tabernáculo de la Divinidad.

Algo semejante era el espíritu de Ramírez; agresivo en su aspecto por afuera, amplio, altísimo, lleno de amor y de armonías dentro. El pensó acaso: me fingiré malo y dañino . . . para no distinguirme de los demás. Esquilo, en su catálogo de *Los Jefes delante de Tebas*, refiere que Tydeo llevaba en su escudo la imagen de la noche: «el fondo era negro, sembrado de estrellas de oro.» Pues ese era el escudo de Ramírez.

La vida lo vistió de tristeza. Diríase que regresaba del infierno, como Dante. Y tenía en verdad, Ramírez, cierta semejanza con el poeta florentino. Hasta la forma que cuadraba mejor á su inspiración poética, era la forma dantesca, lapidaria, del terceto. El terceto es rígido, elegíaco, triste como la inscripción de un sepulcro;—ó en la lucha política, en la venganza de la sátira, acerado y agudo como un haz de tres puñales.

También Ramírez tuvo su Beatriz resplandeciente, *su criatura bella vestida de blanco*: «La Libertad.»

Muchas veces—y yo alguna le oí,—negó ese amor; pero lo negaba porque tenía la certidumbre de que no se lo creíamos, lo negaba como nos resistimos á pronunciar en público el nombre de la mujer

amada, para no exponerlo al aire helado de la indiferencia y la maldad humanas.

Allí en su pedestal, frente al apuesto y arrojado Leandro Valle, parece sonreír diciéndole:—no vas á la gloria, vas á la muerte!—

*Aigle, vautour ou colombe
Vous allez ou tout retombe
Et d'ou rien n'est revenu!*

No ames á la libertad, ama la vida. No mueras con gloria; vive mejor!

Eso parece decir la sonrisa horaciana de Ramírez; pero no, no lo dice. Que esos labios broncíneos se desplieguen, y brotará de ellos, como en los rostros del constituyente, el verbo inflamado de la Democracia; que esa mano vibre el látigo de Juvenal, y flagelará como antes, á los mercaderes del Santuario. Entonces exclamará como en la discusión del art. 15:

«En 1824, cuando aún estaban humeantes las hogueras de la Inquisición, con uno de sus tizones mal apagados, se escribió en la Constitución de la República el artículo que estableció la intolerancia religiosa, y este artículo es el que venimos á borrar en nombre de la humanidad, en nombre del Evangelio, y si es posible á costa de nuestra sangre.»

¡Ese es el Ramírez verdadero, el que agita la plúmbea maza sobre las cabezas de sus enemigos; el que brega, el que triunfa, el que está en bronce!

Después volverá á su aislamiento, á su impasibilidad, á su sonrisa. Alighieri se transforma entonces en Boccaccio, pero en un Boccaccio trascendental, porque si la palabra de Ramírez aplastaba, su risa demolía, como perpetuo hilo de agua que á fuerza de filtrarse y de lamer los cimientos de un edificio, acaba por echarlo abajo.

¿Queréis que de nuevo se asemeje al hombre torvo, espantó de las mujeres en Ravenna? Pues vedle alzarse á pronunciar el brándis por los muertos, en el banquete de la Asociación Gregoriana. Hermosa asociación ésta en la que no hay ausentes y á cuyas fiestas vienen las grandes y amadas sombras de los hermanos desaparecidos! Triste de aquél á quien toque tomar la última copa entre las almas invisibles y mudas; aguardan á que la apure para llevárselo con ellas!

Ramírez se levanta como un gran sacerdote pronto á cumplir misteriosos ritos. Tiene imperio en el mundo de las sombras, y por tenerlo, exclama con firmeza:

¡Vivos y muertos, escuchad mi canto!

El silencio se espesa en torno suyo. Sólo se oye el ruido que producen las soñolientas olas de la Estigia, hendidas por la barca de Carón. ¡Hélos que llegan, los hermanos muertos! La procesión de espectros detiéndose en la puerta. Vino al conjuro del poeta y otra palabra del poeta la detiene en el umbral.—¿Qué nos queréis?—exclama:

Para sentaros á la mesa, es tarde!
Para irnos con vosotros, es temprano!

Mas no creáis, sombras ilustres; ¡oh varones insignes de Plutarco! en la sinceridad de esa rudeza. Podéis entrar al salón del ágape. Ahí están vuestros asientos; ahí están vuestros hermanos. Ramírez os presenta y anuncia uno por uno, como el poeta griego enumera y presenta á los jefes que sitiaban á Tebas. No tenían epitafio vuestras tumbas, y Ramírez arranca para vosotros, en cada terceto, un pedazo de mármol pentélico y en él burila con su *stylo* de bronce, una inscripción helénica.

¡Entrad, muertos augustos! El que os detuvo á la puerta con una exclamación imperiosa, va á deciros después:—amigos míos, esperad un instante; esperad á que el pétalo de rosa se marchite en el vino: esperad, que ya voy á acompañaros . . . !

Madre naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza,
Nací sin esperanza ni temores
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza!

III

La poesía mexicana no tiene una página más solemne que esta de Ramírez. Parece canto fúnebre, acompañado por la voz del órgano, á las altas horas de la noche, en el coro de una catedral desierta.

La idea es moderna; ha sufrido y llorado en los claustros del pesimismo, es la idea de un Kempis que no cree en Dios; pero la forma

tiene la limpieza y concisión latinas. Se ve que quien tal hizo vivía en íntimo comercio con los grandes poetas, ciudadanos de Roma. Y esto se advierte en todas las poesías de Ramírez, ¿quién si no un poeta del Lácio, pudo exclamar como Ramírez:

*¡Vuélveme, Amor, mi juventud, y entonces
Tú mismo á mis rivales acaudilla!*

Son frisos de mármol circuídos de pámpanos entrelazados y poblados de Eros juguetones, los versos de Ramírez. A ocasiones, asoma en ellos el lascivo Sátiro que entreabre la fronda y adelanta la nariz de ventanillas dilatadas, para olfatear el rastro de las ninfas. Algunas de estas composiciones son incorrectas é incompletas. Se conoce que el autor las dejó caer, y sabe que son incompletas é incorrectas; pero no le importa.

Por desgracia, la obra poética de Ramírez, es bien exígua y anda muy dispersa. El no cuidó nunca de reunir sus trabajos filosóficos y literarios, y esta es otra señal de ese menosprecio del mundo que me ha hecho compararlo á un Kempis ateo. Andaba como un avaro, con las manos en los bolsillos del pantalón, tal vez para cerciorarse de que allí estaban las llaves de sus tesoros. Le disgustaba mostrarse al vulgo; se calumniaba á sí mismo para disfrazarse mejor y conservar el incógnito en el mundo. Sabía para sí mismo; pero como este malo no podía dejar de ser bueno, daba de cuando en cuando alguna de las perlas de su pensamiento. Y prefería darlas hablando, porque así no las daba en realidad, las dejaba caer, y los demás las recogían.

¿Por qué era avaro? Pues porque era viejo . . . porque Ramírez siempre fué viejo, así como Guillermo Prieto es pródigo, porque Guillermo Prieto siempre ha sido joven, el gran muchacho de la literatura, el joven ardiente de la libertad! El corazón de Prieto se derrama. Todos tenemos algo de él. Por eso nos llama á todos hijos, y lo somos.

Ramírez parece huraño. Lo buscamos y se esconde . . . diría mejor, si la frase no fuere tan prosaica, que se enconcha. Para ocultarse mejor á las miradas impertinentes y curiosas, busca un pseudónimo, y no un pseudónimo pastoril ni risueño como el de Prieto, sino otro erizo, propio para asustar á los niños y alejar de sí al vulgo: *Nigromante*. Quiso hacernos creer que venía de la eriaza en donde Macbeth encontró á las brujas. El filtro que nos brinda es el de aquellas.

Colmillo de lobo y momia de hada,
Escama brillante de fiero dragón,
Enorme gargüero y fauce inflamada
Que ostenta en los mares voraz tiburón.
El vaso de aleve, blasfemo judío,
Cicuta cogida, sin luz, de raíz,
La hiel concentrada de macho cabrío;
De un tártaro, labio; de un turco nariz;
Menudas astillas de ramos de abeto
Tronchadas en noche de eclipse lunar,
El dedo de un niño que en foso secreto
Dio á luz madre infame, ahogándolo al par.
El caldo con este que espese y que cuaje,
Y unido al brebaje
Que ya se formó,
Inmundo intestino de tigre salvaje.
Redoblen, redoblen trabajo y esmero:
Que el fuego se avive, que hierva el caldero!

Pero todo este aparato de mágias y hechicerías, era comedia nada más. Nos dijo el Nigromante:—Soy Thersytes.—¡Nosotros ya sabíamos que era Néstor! Nos dijo:—No creo en Dios.—¿Sería verdad. . . .?

IV

Dejemos ya que las estátuas de Ramírez y Valle empiecen su diálogo, como dijo delante de aquéllas un joven y esclarecido poeta. Por singular coincidencia, esos dos grandes hombres que se miran frente á frente, tuvieron un mismo protector, á quien mucho debe la causa de la democracia, y del que no se ha hecho memoria en ocasión como ésta: D. Francisco Modesto de Olaguíbel. Este ilustre repúblico representaba á México en París, cuando fué allá Leandro Valle en precaria situación. El lo amparó. «Valle—dice el Sr. D. Francisco Sosa en sus apreciabilísimas «Biografías de Mexicanos distinguidos,»—carecía de los recursos necesarios para vivir bien en el extranjero, y al resolver regresar á la patria no hubiera podido lograrlo si Olaguíbel no hubiera costado, de su peculio, el viaje.»

Ramírez dió comienzo á su vida pública en 46, redactando el *Don Simplicio*. El gobierno conservador lo encarceló. «Al establecerse en ese mismo año—dice el Sr. Sosa en la Biografía de Ramírez,—el sistema federativo, el Sr. D. Francisco Modesto de Olaguíbel, que

era Gobernador del extensísimo Estado de México, y que conocía y estimaba los talentos de Ramírez, le llevó á su lado para organizar la administración. Ramírez correspondió ámpliamente á esta confianza trabajando día y noche, no sólo en la reconstrucción administrativa, sino también en la defensa del territorio nacional invadido por las huestes de la República vecina. Fué en aquella época y en aquel Estado, en los que Ramírez comenzó á propagar las ideas ya indicadas en el periodismo según acabamos de decir. Además, animado por el fuego sacro del amor á la patria, y con objeto de organizar las tropas del Estado de México, asistió con el Gobernador Otagübel á la memorable acción de Padierna contra los americanos.»

El diálogo soñado por el poeta, diálogo entre esas dos grandes almas, ha de empezar por una palabra de gratitud para quien supo comprenderlas y alentarlas.

V

La estatua de Ramírez es la primera estatua levantada en México á un hombre de letras. ¡Venturoso indicio éste, de reposo y de reflexión en la vida nacional! La República no es ya, como Desdémona, la mujer que sólo gusta de mirarse retratada, como en un espejo, «en la coraza del guerrero.» No es ya la mujer á quien sólo enamoran y cautivan, como á aquélla, las narraciones de proezas militares. La República es la Justicia.

¿Y qué más grandes héroes, qué más grandes lidiadores, que estos héroes y lidiadores de la idea? Un pedestal aguarda en ese paseo la estatua de Don Francisco Zarco, y toca el erigírsela á Durango. Que él representa, porque nadie lo ha merecido más que él, en esa guardia palatina de la República, al periodismo. Ser periodista—¡periodista como él lo fué!—¿no es ser caudillo? ¿no es librar una batalla diaria? ¿no es recibir una herida cada día más? ¡Herida que no se ve, pero de esas heridas á las que puede aplicarse la frase que una inscripción latina aplica á las horas: *Ultima neceat!* ¿Ser periodista como Zarco no es dar la vida, poco á poco, á la Libertad y á la República? De una herida se sana ó se muere; mas del trabajo intelectual forzado siempre, siempre se muere! Y con la muerte triste, no con la muerte trágica y sublime de Leandro Valle, no con la muerte que hiere de lleno en el corazón y en un momento, sino con la muerte artera y si-

gilosa y vergonzante, que entra apagando ideas en el cerebro, tal como apagan paulatinamente las velas del tenebrario; con la muerte que va invadiendo, á modo de marea, y hoy se apodera de aquí y después de allá; con la muerte que llaman natural y que no puede ser, no es natural!

En las luchas por la Libertad, Zarco fué el Aquiles de la prensa. El joven que á los veintiséis años defendió con tal brío en el *Siglo XIX* y en la tribuna del Congreso Constituyente, la libertad de imprenta, la libertad de conciencia, todas las libertades, bien merece una estatua, porque fué héroe. Ya que le quitamos la vida poco á poco, démosle en cambio la vida augusta de los mármoles y bronce.

